

Número
suelto:

10

céntimos.

LA DEFENSA

SUSCRIPCIÓN:
YECLA. 0'40 ptas. al mes
FUERA. 1'50 trimestre.



Redacción y Administración:
España número 10

SEMENARIO CATOLICO

AÑO I

YECLA 24 de Mayo de 1930

NÚMERO 4

La Iglesia y el socialismo

La confusión de ideas reinante en estos tiempos y la ligereza en el pensar que ha sustituido a la reflexión y al estudio nos proporcionan ocasión de escuchar garrafales disparates sobre las más graves materias. Así no es raro ver personas que juzgan perfectamente compatibles el ser a un tiempo católico y socialista, y aun calificar de equivocados a los que no pensamos así.

Los equivocados, los que ignoran que sea catolicismo y que sea socialismo son los que sostienen tamaña inexactitud. De estar mejor informados sabrían que el socialismo tiene sobre sí la condenación de varios Pontífices que son quienes en último término, han de decidir en materia religiosa. Condenado en 1846 y 1849 por Gregorio XVI, por Pío IX en 1854 y 1864, (ratificadas estas condenaciones en el *Syllabus*) y sobre todo por el gran León XIII que aparte la luminosa enciclica *rerum novarum* dió en contra de él la *quod apostolici* en la que le llama "la peste del socialismo"; "impiedad desconocida hasta de los mismos gentiles" y en la que exhorta a los Obispos a que pongan especial cuidado "en que los hijos de la Iglesia no den su nombre ni hagan favor alguno a la detestable secta."

Así habla la Iglesia con respecto al socialismo: ¿Y este con respecto a aquella?

Si el socialismo fuera solo una aspiración al mejoramiento de las clases trabajadoras y la unión para conseguirlo, nada tendríamos que oponerle; pero esto, aprobado, recomendado y bendecido por la Iglesia, no es socialismo; será solidaridad obrera, sindicación, agremiación, socialismo no. Hemos leído en el manifiesto de un nuevo partido de izquierdas, que éste más que nada es una civilización; eso es en efecto: una civilización... al revés, es decir, anticristiana.

Sus postulados esenciales son la concepción materialista de la Historia, el ateísmo, la negación de la propiedad y de la familia, la lucha de clases... ¿Qué armonía puede haber entre todo esto y el Cristianismo?

Solo viviendo en no sabemos qué lejano planeta, puede uno dejar de enterarse del odio a la Iglesia de que rebosan todos los escritos socialistas desde Carlos Marx hasta el último periodista. Solo la mala fé puede ocultar la

enemiga de la táctica socialista para toda religión positiva aunque para combatir el Catolicismo, su más poderoso enemigo, se haya aliado algunas veces con las restantes confesiones (con los judíos ha hecho muy buenas migas en ciertos países y ocasiones).

No se puede ser católico y socialista, a no ser que entendamos por Catolicismo y Socialismo la fantástica creación formada en la mente de algunos señores. El Catolicismo y Socialismo verdaderos, los que existen fuera del caltete de estos señores, son absolutamente incomparables.

El Socialismo es *impío*, pues destruye el orden establecido por Dios; *perjudicial a la Sociedad*, porque no puede haber Sociedad sin el derecho de propiedad, absurdo porque la propiedad colectiva es imposible.

¿QUE HA HECHO LA RELIGIÓN?

Los pobres en los siglos paganos

No ha muchos días tuve la ocurrencia de leer el colega socialista *Unión*, y en uno de sus artículos hace la siguiente pregunta "¿Que ha hecho la Religión?". En el se pretende demostrar, o cuando menos insinuar, que la Religión no ha hecho nada en beneficio de la Humanidad.

Ante este ataque, no pude menos que sonreír compasivamente al ver la ignorancia que supone la pregunta; y digo ignorancia, porque ella es la causa principal de tales desatinos. Pues bien. Si es cierto que ignora lo que ha hecho la religión, quiero que se sirvan estos artículos de enseñanza; y si a más de la ignorancia tienes la malicia (cosa que no dudo), también destruiré tus maquinaciones, que como no tienen por base la fortaleza de la verdad, caerán por tierra como hoja seca al más leve soplo de la brisa.

Si no has ojeado nunca la historia, quiero que me acompañes en estos artículos y me ayudes a abrir algunas de sus páginas. Descubre esas polvorientas de los siglos paganos. No se ve luz. Todo es obscuridad y tinieblas; penetra en esas tinieblas y solo encontrarás horrores que no se pueden explicar.

Mira la suerte de los pobres, que inspiran a todo el mundo desprecio y horror. Ahí teneis a Plauto que decía: "Dar de comer y beber a un mendigo es doble locura; para sí es perder lo que se da; para él es prolongar su miseria". En Egipto si un hombre carece de pan y lo pide no le queda otro recurso que la muerte: esta es la ley En Grecia, en Atenas no hay asilo alguno, y por lo tanto es preciso morir también: esta es la ley draconiana que Solón ha conservado. En los teatros de

Atenas servía de asunto para las burlas de los poetas el pobre "con sus miserias"; "con sus harapos por ropa, con sus insectos por huéspedes, con su podrida estera por lecho, con su piedra por almohada, con su asqueroso aliento, y con sus hijos que lloraban".

Oíd a Horacio cuando dice: "¡Lejos, lejos de aquí la inmundicia pobreza!" Virgilio, el genio más sensible de la antigüedad, declara vergonzosa la pobreza y la relega como una infamia a los infiernos. Y él mismo, para completar la felicidad de la vida campestre declara: "El rico campesino no debe compartir la suerte de los indigentes." por fin Epicteto nos dice que, "el pobre es abandonado como un pozo seco e infecto donde la vista no puede penetrar sin repugnancia".

A los pobres, la ley los entregaba al capricho del usurero que los había arruinado, y hasta que no pagaban se les consideraban como esclavos, y como a tales se les encadenaba y castigaba, se les vendía o decapitaba. Cuando el deudor tenía muchos acreedores, entonces, la ley, sin retroceder ante las horribles consecuencias, disponía que fuese cortado en pedazos, cada uno de los cuales se entregaba a un acreedor (Ley de las Doce Tabas). En todas las casas de los patricios romanos había una de aquellas espantosas prisiones subterráneas, que se denominaban *ergastulum* en las cuales se castigaba a los deudores, haciéndoles sangrientas heridas en el pecho y en la espalda.

Con arreglo a lo que hasta aquí se ha expuesto, hacen los historiadores de la antigüedad el relato del mundo antes del cristianismo. Aun los hombres más pacíficos se caracterizaban por la dureza del corazón, tenían aversión a la humanidad, despreciaban al pobre, tenían horror a los desgraciados, en tal manera, que hoy nos es duro concebir que hubiese tanta barbarie. Y el fondo de este salvajismo era el orgullo sin límites, el egoísmo desenfrenado, que todo lo sacrificaba a sus deseos sin ningún remordimiento.

Este era el estado de los pobres ante el paganismo materialista, que se complacía en despreciar las enseñanzas de la ley dada por Dios a Moisés.

Al final de estas páginas sangrientas del paganismo aparece otro mundo: el mundo del cristianismo. Aquel sin amor, y entronizado en las tinieblas y sombras de la muerte, y este radiante y espléndido con los fulgores de la caridad.

Entre esos dos mundos, el uno con la moral de Cristo y el otro sin ella, y sobre una de las más brillantes cumbres de la humanidad, vemos una Cruz.

Sobre esta Cruz, con el corazón atravesado y los brazos extendidos hacia nosotros, está el Dios de la caridad, el Dios de los cristianos.

Gracias al Evangelio de Jesucristo encontramos aquellas palabras que hoy el socialismo quiere hacer suyas: Igualdad y fraternidad. Ante Dios somos iguales, pues solamente las buenas obras ayudadas con la luz de la fé nos darán el mérito. Nadie como Dios nos ha enseñado a ser humanos, pues solamente él nos dice: "Amarás a tu prójimo como a tí mismo". "Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen; rogad por los que os persiguen y calumnian, a fin de que seáis hijos de vuestro Padre celestial que está en los cielos; el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos; y llueve sobre justos y pecadores."

